

Entrevista a la doctora Ruth Behar

Una isla llamada hogar

Por MICHAEL J. BUSTAMANTE

La entrevistada es profesora de Antropología en la Universidad de Michigan (Estados Unidos) y recientemente ha sido nombrada miembro de la Cátedra Victor Haim Perera. Licenciada en Letras por la Universidad Wesleyan (Connecticut), recibió su Máster y Doctorado en Antropología de la Universidad Princeton (Nueva Jersey). Conocida autora de etnografías académicas -*Cuéntame algo aunque sea una mentira: Las historias de la comadre Esperanza* (1993), *La presencia del pasado en un pueblo español: Santa María del Monte* (1986)-, de trabajos teóricos -*La observadora vulnerable: antropología que rompe tu corazón* (1996)-, así como de ensayos personales, la doctora Behar también sostiene un profundo compromiso con Cuba, país donde nació. Fue editora de la importante colección ensayística/poética *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba* (1995), y sirvió de co-editora para la reciente colección *La Isla portátil: cubanos en Casa en El Mundo* (2008). Su poesía ha sido publicada por Ediciones Vigía, de Matanzas, y su documental *Adio Kerida*, sobre la búsqueda de identidad entre un grupo de judíos sefarditas con raíces en Cuba, se estrenó en el 2002. Recientemente hablé con la doctora Behar sobre su nuevo libro, *Una isla llamada hogar*, crónica multidimensional de la actual comunidad judía en Cuba que acaba de ser traducida al español y será presentada en La Habana en el 2011. El intercambio con la doctora Behar se lo ofrezco a los lectores de *Espacio Laical*.

- Háblenos un poco sobre los orígenes de este libro. ¿La idea surgió durante la filmación de *Adio Kerida*, o fue un proyecto concebido aparte?

- La idea del libro surgió después del estreno de *Adio Kerida*. Tenía más de 100 horas de filmación de entrevistas y conversaciones y sólo pude usar



una pequeña parte de ese material para armar la película. Me quedé con ganas de contar más historias de la comunidad judía en Cuba. Decidí enfocar el documental en los judíos sefarditas porque generalmente todas las miradas sobre los judíos ven solamente a los de origen asquenazí, o sea, judíos de la Europa del Este. Yo quise ampliar el panorama y por eso el documental no incluyó entrevistas a judíos asquenazí de Cuba, con la excepción de mi mamá, que es asquenazí y se casó con mi papá, un judío sefardita. Al terminar el documental me di cuenta que sólo había contado la mitad de la historia de los judíos en Cuba, y por eso me puse a escribir *Una isla llamada hogar*. En el libro pude contar las historias sefarditas y asquenazíes, viendo como esta mezcla de judíos de varias partes de Europa construyó su hogar en Cuba.

- Por un lado, el tema que usted ha escogido es muy particular: una comunidad de unas mil personas en un país de 11 millones. ¿Qué de universal tiene esta historia para todos los cubanos?

- La comunidad es judía y a la vez 100 por ciento cubana. La actual comunidad en Cuba es una nueva comunidad que surge y se revitaliza a partir de los años 90. La comunidad original, que se estableció a principios del siglo XX, contaba con 15 mil judíos. La mayoría eran de Europa, que emigraron con la idea de luego seguir a Estados Unidos. Por eso nombraban a la Isla "hotel Cuba." Pero a la mayoría les gustó Cuba. Se quedaron y establecieron sus familias y tiendas y Cuba se volvió su tierra prometida. El "hotel" se convirtió en hogar. Después del triunfo de la Revolución, el 90 por ciento de la comunidad eligió emigrar a Estados Unidos porque perdieron sus negocios y se cerraron las escuelas judías. Los que emigraron nunca olvidaron su vínculo con Cuba -aunque su estancia en la Isla fue breve, dejó una huella profunda. Los mil judíos que ahora residen en

Cuba mantienen la llama de esa comunidad original, pero a la vez son muy distintos. Aunque hay unos cuantos que son judíos de padre y madre, casi todos tienen una identidad mixta. También existen personas que se han convertido al judaísmo después de casarse con alguien de origen judío. O sea, que la nueva comunidad es casi toda judía por elección y no por herencia biológica. Esto quiere decir que la comunidad es muy cubana. Su presencia en Cuba muestra la tradición de tolerancia a los judíos que ha habido en la sociedad cubana. Refleja cómo el ajiaco de nuestra cultura acepta las diferencias y las nutre sin marginar a nadie.

- Tal vez lo que más caracterice el libro es su libre combinación de géneros: historia, etnografía, reflexiones personales y fotografías. ¿Cuál fue el motivo de este acercamiento al tema? ¿En qué medida responde a algunas corrientes dentro de la antropología contemporánea?

- En mi trabajo como antropóloga y escritora siempre me ha gustado combinar géneros porque la humanidad es compleja y hay que buscar formas expresivas que sean creativas y abarcadoras. Dentro de la antropología tenemos dos tendencias recientes que me inspiran -la antropología reflexiva y la antropología visual. El libro mezcla estas dos maneras de hacer la antropología. Es reflexivo en el sentido de que la vista sobre la comunidad judía en Cuba es también un espejo donde me veo reflejada, como cubana-judía que salió de la Isla de niña y vuelve a hacer un estudio antropológico. Mis reflexiones son a la vez etnográficas y personales, porque me pareció que estaba viendo una comunidad a la que pertenecí, a la que hubiera pertenecido si nos hubiéramos quedado, a la que de cierta manera pertenezco ahora, cada vez que vuelvo. Quise que mi posición como observadora vulnerable estuviera muy presente. Además, me pareció importante documentar la presencia judía

con fotografías porque quería crear un archivo visual que congelara el tiempo. Desde niña las fotos de mi familia en Cuba eran la forma en que volví a ver la Isla antes de regresar y verla de nuevo con mis ojos de adulta. Como salí de niña, no tenía recuerdos, y entonces las fotografías eran la única prueba para mí de que yo había vivido en Cuba alguna vez. Por eso les doy tanta importancia a las fotografías. Tuve la suerte de conocer a Humberto Mayol, un gran fotógrafo que había estado documentando por años las comunidades religiosas afrocubanas y lo invité a trabajar conmigo para documentar la presencia judía. Nos pasamos tres años en esta labor de documentación, conociendo juntos la vida de los judíos en La Habana y en toda la Isla.

- Al final del libro, hablando sobre su colaboración con Mayol, usted plantea algunos de los riesgos habituales de la fotografía como género, citando a Susan Sontag, quién escribió alguna vez: "fotografiar personas es violarlas." ¿Cómo intentó evitar ese peligro mediante un diálogo activo con las imágenes?

- Tratamos de evitar este riesgo, que se corre con cualquier uso de imágenes, manteniendo siempre que los protagonistas fueran activos en la creación de las fotografías. Usamos varias estrategias, entre ellas les pedíamos a las personas que mostraran a la cámara documentos o objetos de herencia judía que eran importantes para ellos. Así ellos tenían la posibilidad de intercalarse en la historia. Las fotografías siempre se hacían sin apuro. Normalmente yo me sentaba a hablar y entrevistar a las personas que queríamos incluir en el libro y Humberto se quedaba escuchando tranquilamente y luego al terminar la conversación sacaba las fotografías. A veces, durante la conversación, surgía algo interesante, se mostraba algo que emocionaba mucho a la persona, y entonces Humberto las retrataba durante la acción para poder captar esos mo-

mentos dramáticos. Pero siempre tuvimos muy consciente que las fotografías tenían que hacerse con el permiso de los participantes y siempre contando con su voluntad de trabajar con nosotros libremente.

- Son muchos los autores de origen cubano en el exterior que han descrito sus propias búsquedas de identidad, caminos que frecuentemente se inspiran en las nostalgias que nos enredan, pero que a la vez nos hacen enfrentar lo efímero que pueden ser los esencialismos nacionalistas. ¿Cuál ha sido su experiencia con respecto a ese gran desafío de muchos escritores diaspóricos?

- Mi nostalgia es heredada, porque realmente recuerdo muy poco de mi vida en Cuba. A la vez, esa nostalgia ha pasado por un filtro antropológico, o sea, que me acerco a la realidad cubana y a la vez me distancio de ella. Así es mi mirada, como cubana de la diáspora y observadora profesional. Mis viajes de regreso a Cuba me han ayudado mucho a entenderme mejor y conocer mejor a mi familia y mi cultura. He recuperado mi lengua y de cierta manera, mi alma. Eso me ha dado fuerza, volver a la raíz, ver quién soy, ver el origen. Me ha permitido aceptar que la Isla es portátil, que la llevo dentro, que no la puedo perder.

- Otra cosa a lo mejor obvia, pero evidente de todas formas en su libro, es la manera en que el término “diáspora” también se refiere a una realidad vivida en la Isla, no solo afuera. Es más, en el caso de los cubanos judíos, estamos hablando de dos diásporas: la cubana y la judía. ¿Qué complejidades trae este entramado?

- Cuba es un país formado por diásporas, como lo son todas las islas del Caribe. Las culturas indígenas fueron casi totalmente destruidas por la conquista europea. La diáspora española y la africana crearon una nueva realidad que luego se mezcló con muchas

más diásporas, entre ellas, la china, la francesa, la norteamericana, la judía. La Habana, como ciudad de puerto, siempre recibió las diásporas y esto sigue actualmente con el movimiento de turistas y cubanos que vuelven y tantas otras personas que pasan por la Isla constantemente, como si se les hubiera perdido algo que tienen que ir a buscar.

- Quisiera que nos hablara un poco sobre su reciente colección *La isla portátil: cubanos en Casa en el Mundo*. ¿En que medida este esfuerzo intenta responder a, o incluso superar, su colección anterior *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*?

- Esta nueva colección, que edité con Lucía Suárez, profesora de literatura en Amherst College en Massachusetts, intenta ir más allá de la imagen del puente, sugiriendo que en este momento histórico ya no se puede ver la realidad cubana como una simple relación entre la Isla y el exilio en Miami, sino que tenemos que tener en cuenta todas las diásporas cubanas, que en estos momentos se encuentran regadas por el mundo entero. Hay una presencia importante de cubanos en España, en México, en Francia, en Italia y en Rusia, además de que los cubanos en los Estados Unidos que son intelectuales y escritores por lo general se encuentran en ciudades lejos de Miami. Quisimos dar a conocer esta realidad y les pedimos a nuestros autores que reflexionaran sobre el tema de la identidad y la búsqueda del hogar fuera y dentro de Cuba. Pedimos reflexiones similares a los autores dentro de la Isla, que hablaron sobre el tema de quedarse y el impacto que todas las diásporas han tenido sobre su concepto de insularidad.

- Finalmente, ¿qué opina sobre el estado actual de los estudios sobre Cuba en la academia norteamericana, y la importancia que tienen para su profundización los intercambios

culturales y académicos con la Isla?

- Esta pregunta merece una respuesta más larga, pero en términos generales diría que me parece que en estos momentos tenemos una gran diversidad de estudios académicos norteamericanos sobre Cuba. Algunos temas se han trabajado más que otros -por ejemplo, el estudio del turismo sexual, la música, la santería, y los judíos en Cuba son temas que se han estudiado en mucho detalle; pero tenemos muy pocos estudios sobre la vida campesina, porque casi ningún investigador sale de La Habana a hacer su investigación; y no se han estudiado a fondo las religiones cristianas evangélicas en Cuba, que van teniendo una importancia cada vez mayor; y faltan estudios etnográficos del nuevo consumismo y su impacto en la vida cotidiana. Tenemos la tendencia a seguir viendo la Isla desde una perspectiva “exotizante”. Me incluyo a mí misma como cómplice de este problema, porque la comunidad judía, siendo tan pequeña e impensable en una Cuba revolucionaria, se ha convertido en algo exótico en el extranjero. Mi documental y mi libro, sin quererlo yo, han ayudado a mantener esta imagen, aunque yo traté de mostrar la complejidad de la comunidad y no reducirla a un estereotipo. Pero sigo creyendo que los puentes -o los intercambios culturales y académicos- son muy importantes para cuestionar los estereotipos y las imágenes exóticas de la Isla o, por lo menos, para entender cómo se utilizan, tanto dentro como fuera de Cuba. Siendo antropóloga, el dogma que aprendí es que a los lugares hay que conocerles de cerca, hay que hacer por largo tiempo trabajo de campo y volver y volver a los mismos lugares, estar allí, sentir el pulso de los otros, para atreverse a decir algo que valga la pena. Por lo tanto, estoy muy a favor de los intercambios. Ojala sigan y se muevan en tantas direcciones como hay diásporas cubanas, de aquí para allá y de allá para aquí, en cualquier “aquí” y “allá” que estemos.

